



Nuria Chinchilla y Maruja Moragas

Abuelos e identidad familiar

En tiempos de tormenta hay que agarrarse a lo que da estabilidad. La imagen de los abuelos en las celebraciones familiares nos recuerda que formamos parte de un tronco común. El amor de unos abuelos que han elegido seguir unidos a pesar de las dificultades es el que ha puesto a su alrededor hijos, nietos, hermanos, tíos, sobrinos... Ambos han conformado un espacio familiar estable de confianza, compromiso y amor incondicional, que lleva a que

todos sus descendientes tengan su casa donde están ellos. Cabe preguntarse qué sucederá el día en que esos abuelos hayan desaparecido y los nietos busquen el relevo de ese tronco central en sus padres, pero que ya no exista, y en su lugar encuentren ramas de otros árboles.

La sangre une a los miembros de una familia desde su nacimiento hasta la muerte. Facilita el amor entre ellos, aunque con nuestras acciones u omisiones podamos destruir esa unión. La familia que heredamos no es un constructo ni una cuestión de diseño, sino la presencia de una realidad biológica a la que pertenecemos. La

sangre se tiene o no se tiene. Hay padres que esconden a sus hijos que son adoptados para evitar que sufran. A veces hay mayores lazos afectivos con otras personas de fuera, pero no por eso los parientes dejan de serlo, por desastrosos que sean.

El amor es otro factor de estabilidad tan potente como la sangre. El amor une. Un amor capaz de desunir y fragmentar es un contrasentido. Ligar divorcio con libertad puede conducir a abusos: muchas familias podrían ahorrarse su fractura. Pero nuestra legislación apoya los deseos de los que las rompen. La atención que concede a las víctimas del naufragio familiar –hombres,

mujeres y niños– es la misma que da a las mercancías en una transacción comercial. Uno se las saca de encima, como un mueble viejo, a cambio de dinero. Pretender que se puede construir sobre abusos y derechos conculcados a otras personas y que “no pasa nada” es mera ilusión.

Viendo el legado de muchos abuelos, deberíamos luchar para lograr lo que ellos consiguieron, para poder transmitirlo después. Hay algo a lo que todo el mundo tiene derecho: a sus raíces, a su pertenencia, a su identidad, a su familia unida. No todo es fácil en la vida, pero de la estabilidad de dos depende la felicidad de muchos.●

N. CHINCHILLA y M. MORAGAS, profesoras del Iese, Centro Internacional Trabajo y Familia